

Solanesco

Se hace necesario escribir abochornado por lo del **Central** de Barcelona. Hace muchos años se acuñó aquella frase sobre «el orgullo de ser español». Se refería a un orgullo exhibible ante los demás. Ahora no podemos mostrar ese orgullo de otra manera que si se refiere a que no queremos ser otra cosa que españoles, pero con la obligada actitud de asumir toda la Historia. Este siglo XX es un poco abochornante, puesto que al fin y al cabo el movetido y atroz siglo XIX fue la necesaria plataforma de los dos grandes movimientos que conformarían la época actual —el liberalismo y el socialismo— sobre el impulso **regeneracionista** de la Enciclopedia y la Ilustración, en la segunda mitad del XVIII. Sin el colonialismo de América y con la acción residual en África teníamos derecho a haber cerrado el proceso constituyente —abierto en Cádiz—, consumir la reforma social, integrar todas las diferencias en un Estado de Derecho representativo de la voluntad nacional, dejar de ser ilusos para ser prácticos y aislar a los locos en **reservas** no agresivas de **loquerías**. No fue posible. Hemos pasado en este siglo por dos dictaduras, el movimiento revolucionario y sangriento anarquista, otra República, una guerra civil, un despectivo alejamiento internacional de nosotros en los extramuros de Europa y una segunda Restauración monárquico-democrática en la que no se entierran las viejas querellas, luce espléndidamente el siglo XIX en sus manifestaciones más desmoralizantes y no se vislumbra un horizonte de soluciones estables. La **clase política** del 77 no ha alcanzado todavía a ser integradora de **diferencias**, sino que va tirando mediante habilidades, y a veces chantajes o amenazas. Ni ha estado dispuesta a olvidar el pasado, ni ha descubierto todavía una **federalización** del país que no se lleve por delante la nación española; asiste impotente a un terrorismo creciente, distribuye pánico social y ha quebran-

tado seriamente la esperanza. Las consecuencias son ese decimonónico 23 de febrero, y ese espectáculo deprimente de ácratas y delincuentes del 23 de mayo, de tan cercano recuerdo en el primer tercio de este siglo, y lo más triste es que este proceso parece no terminar nunca, porque no hay a la vista «un modelo de sociedad española» que se corresponda con estas postrimerías del siglo XX, sino que proseguimos haciendo las cosas a la manera **tercermundista** o **bananera** de la improvisación, el ajuste de cuentas, las floraciones de integristas y anarcoides, la democracia obsoleta de aherrajados y marginados, y la dictadura de los salvadores y providencialistas. No salimos de nuestro anacronismo político. El mundo vio asombrado las imágenes de los diputados de un Parlamento en el suelo, y ahora la ocupación y secuestro en un Banco, de clara factura terrorista a la manera de la **semana trágica de Barcelona** entre modos palestinos y resurrectas pistolas ácratas. Esa España resonante, que está en todas las enciclopedias del mundo, y cuya aportación al pensamiento, al arte y a la literatura universales es tan evidente, ofrece ahora mismo una imagen horrenda de país mínimo, que llena sus cárceles, organiza o no aísla a sus locos, instala a mediocres, convoca a sus espíritus del pasado y vive entre el desprecio solapado o encubierto de Europa y la hostilidad de sus vecinos.

Este retrato que hago es un poco **solanesco**, pero tengo en la cabeza aquel retrato de Unamuno pintado por Solana, que tenía mi viejo amigo y maestro Víctor de la Serna padre, que podría ser exagerado de facciones, y de expresión perpleja e impactante, pero era el Unamuno más auténtico de todos. Nuestro país empieza a tener necesidad de ser contado, para el retrato fiel, a la manera como fue pintado por Goya y por Solana.—**Emilio ROMERO**.